

En busca de las alfarerías femeninas.
De su historia y de sus formas
In search of women's pottery: its history and its forms

Ignacio Martín-Salas Valladares,

Asociación de Ceramología, España

(natxomsv@hotmail.com)

Abstract: The study of pottery produced by women, in contexts where a potter's wheel or turntable and a kiln were used, provides a renewed perspective on the history and evolution of this craft. The accounts of travelers who journeyed across the country in the 18th and 19th centuries, together with the research of ethnographers and the practice of collecting, allow us to reconstruct this process. The remarkable survival of women's pottery workshops was largely due to geological factors, which determined the type of pieces produced. It is essential to identify the elements that promoted either transformation or continuity of forms, in order to move beyond the assumption that the sex of the artisan in any way defined pottery production. Social conditions, along with working methods and organizational structures, eventually rendered women's pottery in Alcorcón unsustainable, as it was affected by the same challenges brought about by the Industrial Revolution.

Keywords: Historiography, technology, origin, form, recognition.

Resumen: El estudio de la alfarería realizada por mujeres, donde existe un torno o torneta y un horno, nos ofrece una visión nueva de la historia y evolución de esta artesanía. Gracias a las crónicas de viajeros que recorrieron el país en los siglos XVIII y XIX, así como los estudios de etnógrafos y el coleccionismo, podemos comprender lo que sucedió. La milagrosa supervivencia de las alfarerías femeninas está debida, sobre todo, a factores geológicos, que condicionan el tipo de obra realizada. Es importante conocer los factores que suscitan la transformación o la perdurabilidad de las formas para alejarnos de la idea de que el sexo del artífice matiza, de alguna manera, la producción alfarera. Las condiciones sociales, los procedimientos y organización del trabajo, hizo insostenible la alfarería femenina de Alcorcón, que participó de los mismos males que la revolución industrial.

Palabras clave: Historiografía, tecnología, origen, forma, reconocimiento.

Introducción

A la hora de abordar cualquier estudio o episodio relacionado con la etnografía, tenemos que partir de una realidad; el objeto etnográfico ha pasado inadvertido a lo largo de la historia, no ha sido descrito, salvo contadas ocasiones.

En las últimas décadas ha crecido el interés por recuperar esta cultura que fue siempre ignorada. Muchos municipios de España han creado museos temáticos, que intentan poner en valor actividades desaparecidas, que en el pasado fueron fundamentales para dinamizar la vida de sus ciudadanos y en muchos casos fueron el motor económico de toda una comunidad.

El mantenimiento de la actividad agraria en gran parte de nuestra geografía, la poca incidencia de la revolución industrial, la tardía llegada del agua y las malas comunicaciones, han preservado, hasta hace pocas décadas, artesanías ya olvidadas en gran parte de Europa.

Una de las temáticas que más han llamado la atención es la alfarería realizada por mujeres, actividad pasada por alto por los numerosos viajeros que recorrieron España en los siglos XVIII y XIX, y solo documentada ocasionalmente en trabajos estadísticos.

El interés por el coleccionismo de cerámica. Los viajeros

Anteriormente al siglo XVIII y hasta la llegada del Neoclasicismo, el coleccionismo de cerámica era prácticamente inexistente y se limitaba a objetos que formaban parte de gabinetes de curiosidades. Estos buscaban sorprender o impresionar a visitantes y amigos, el objeto exótico solía estar presente.

A raíz del descubrimiento de Herculano (1738) y Pompeya (1748), y la publicación de Johann Joachim Winckelmann, *Historia del arte de la Antigüedad* (1764), se inicia el gusto por la antigüedad clásica, la nueva estética se refleja en la producción artística como la pintura de David, las esculturas de Canova, en la arquitectura, o en obras como el Idomeneo de Mozart o el Orfeo y Eurídice de Gluck. También se inicia el coleccionismo de cerámica griega. A finales del siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX se suceden movimientos que reivindican la historia de los pueblos, Europa está ya saturada de arte clásico, y el romanticismo se fija en el medievo, buscando una identidad propia alejada de los valores y esquemas clasicistas.

Posteriormente los regeneracionistas y la Institución Libre de Enseñanza, reivindican lo español y se empieza a coleccionar loza decorada, la alfarería aún no

es coleccionable, hay que esperar al periodo de entreguerras para encontrar los primeros estudios referidos a esta artesanía.

A raíz de la revolución industrial, una nueva burguesía junto con la nobleza tradicional desea conocer y ver el mundo. En Inglaterra se generaliza el realizar viajes a otros países europeos al terminar los estudios como un complemento de estos y necesario en la formación del individuo (*El Grand Tour*); estamos en pleno romanticismo y la cultura se liga a una experiencia personal.

España es visitada por numerosos viajeros en el siglo XVIII, pero sobre todo en el siglo XIX; la mayoría son de nacionalidad inglesa, pero también nos visitan viajeros de otros países. España se convierte en uno de los países más deseados por visitantes y artistas.

Algunos de estos viajeros escriben libros donde se detallan las costumbres y las artesanías de las diferentes regiones españolas y vierten opiniones sobre nuestro país y nuestra cultura, por supuesto también hablan de nuestra cerámica.

Entre 1786 y 1787, el londinense Joseph Townsend visita España, recorre casi todo su territorio, escribe *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, considerado el libro más importante e interesante de viajes del siglo XVIII. Su viaje por España se publica en Londres en 1791, poco después es traducido al alemán y al holandés, y en 1809 al francés.

Townsend se refiere en varias ocasiones a la cerámica, y a su llegada a Muel (Zaragoza) hace un comentario que nos va a dar una clave para comprender el origen de las alfarerías femeninas:

«Comimos en Muel, una pequeña aldea donde hay muchos alfareros. Para hacer girar sus tornos no utilizan las manos, sino que mueven con sus pies una rueda situada a ras de suelo y mayor que la que emplean para modelar la arcilla».

Antes de viajar a España y previo conocimiento de su país, Townsend ya había recorrido Irlanda, Holanda, Flandes y Francia, parece que nunca había visto un torno de árbol alto.

El viajero que más se fija en la alfarería y la cerámica en general es el francés Charles Davillier. Recorre España en 1862, junto con el famoso ilustrador Gustavo Doré. Sus viajes se publican por entregas entre 1862 y 1873 en la revista parisina *Le Tour du Monde* junto con los dibujos de Doré. En 1874 todo se reúne en

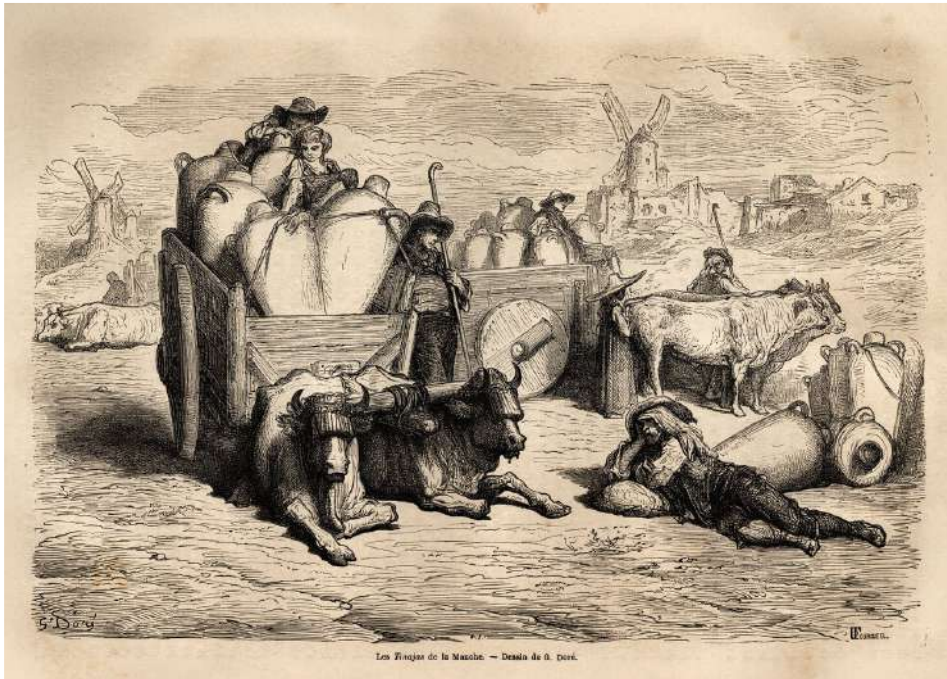


Figura 1. Gustave Doré, *Las tinajas de la Mancha*, 1862. Grabado que ilustra *L'Espagne* (1874)

L'Espagne con más de 300 grabados, en los siguientes años esta publicación es traducida al italiano, inglés y al danés (Figura 1). Habrá que esperar a 1957 para encontrar el libro en español. Davillier fue un gran coleccionista e historiador del arte, demostró mucho interés por la cerámica hispano-morisca, a la que dedicó varios trabajos; donó sus colecciones al Museo del Louvre y al Museo Nacional de Cerámica de Sèvres, y la parte documental a la Biblioteca Nacional de París.

Ambos viajeros se refirieron en sus trabajos a diversas industrias cerámicas de loza decorada como Talavera de la Reina o Alcora, pero también se interesan por la alfarería de uso común, la elaboración de alcarrazas en Málaga o los búcaros de Salvatierra de los Barros. Charles Davillier se interesa incluso por el proceso de elaboración de las piezas en Andújar, llegando a anotar detalles como el añadido de sal a la masa para que las piezas resulten más porosas. En ningún caso se hace referencia a las alfarerías femeninas.

El 6 de agosto de 1791, el escritor y político ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos, visitó Ceceda (Asturias) y describió el trabajo de unas alfareras, que utilizaban una rueda baja para elaborar las piezas, según dijo Jovellanos, se trataba de una gran industria y las mujeres que vio eran de diferentes edades. Describió también la rueda, a la que llamó “de bolillos” y que estaba formada por “dos círculos

de tabla colocados horizontalmente uno sobre otro”. Se trata de una rueda baja femenina, pero diferente a las ruedas femeninas que han llegado a nuestros días, pero debían ser muy parecidas a las ruedas de la población francesa de Ordizan (Ibabe Ortiz, 1995), aunque en esta localidad trabajaban los hombres. Las medidas que Jovellanos nos da de las ruedas de Ceceda, son semejantes a las de otros centros femeninos.

El 11 de noviembre de 1793, el médico Ignacio María Ruiz de Luzuriaga, visitó una alfarería de Alcorcón (Madrid), describiendo el precario trabajo de las alfareras “trabajan a mano sin tornos ni demás máquinas necesarias varias mujeres”.

Junto a estos dos ilustres e ilustrados visitantes, encontramos referencias a la alfarería realizada por mujeres en diccionarios y obras estadísticas. La alfarería femenina de Alcorcón es nombrada sucesivas veces, probablemente debido al enorme volumen de su producción. En las *Relaciones topográficas de los pueblos de España* de Felipe II, se indica en la respuesta al punto 42 del interrogatorio “Hacen esto las mujeres”.

La obra estadística más importante del siglo XVIII es el Catastro de Ensenada, realizada por Zenón de Somodevilla y Bengoechea (primer marqués de la Ensenada), a expensas del rey Fernando VI. En esta gran obra, con carácter fiscalizador, aparecen en la respuesta treinta y tres del interrogatorio, la lista de todos los alfareros y son sesenta y uno, entre estos, aparece el nombre de nueve mujeres, seguramente viudas (Martin-Salas Valladares, 2006).

Para encontrar trabajos descriptivos y comparativos de las producciones alfareras tenemos que llegar al periodo de entreguerras, a los estudios de dos alemanes, Wilhem Bierhenke y Wilhen Giese.

Hacia 1950 Wihen Giese vuelve a visitar España y urge a recopilar y coleccionar alfarería, ya se empieza a producir una extinción masiva de alfares. Pero para que se empiece a coleccionar todo este material cerámico tienen que pasar quince años más, cuando ya muchas alfarerías se han extinguido. El etnógrafo alemán Rudiger Vossen, que viene de una Alemania totalmente industrializada descubre en España un auténtico paraíso con numerosos alfares en funcionamiento, Vossen, publica *Guía de los alfares de España* (1975), junto con Natacha Seseña y Wulf Köpke.

El estudio de los centros femeninos

Los primeros trabajos descriptivos y detallados sobre las alfarerías femeninas se deben a Luis Cortes Vázquez, filólogo y etnógrafo, que estudia y describe el núcleo zamorano, que es el conjunto activo más importante de la península ibérica, formado por Muelas del Pan, Pereruela (1954), Moveros de Aliste (1958) y Carbellino (1974).

Herminio Ramos Pérez publica *Cerámica Popular de Zamora. Cerámicas Vivas* (1976), donde se detallan los alfares zamoranos aún activos, posteriormente *Cerámica Popular de Zamora Desaparecida* (1980).

Luciano García Alén publica *La alfarería de Galicia* (1983), donde se detallan los centros femeninos del núcleo gallego (Gundibós, Portomourisco, O Seixo, Santomé y Ramirás).

En 1993 Ilse Schulz realiza la primera exposición dedicada a las producciones de alfares femeninos, *La mujer en la alfarería española*, editándose un catálogo con cuarenta piezas de la colección Alvado-Ruiz y del Museo de Agost (Alicante). Aparecen representados todos los centros femeninos, pero con dos excepciones, Alcorcón y La Solana.

El último centro alfarero femenino que se describe es La Solana (Ciudad Real), el historiador y etnógrafo Jesús María Lizcano Tejado, descubre este centro ya extinguido, apareciendo perfectamente estudiado en su libro *Los barreros: Alfarería en la provincia de Ciudad Real* (2001).

Tipos de alfarería femenina

Atendiendo a su origen histórico hay que distinguir tres tipos de centros alfareros donde la mujer es el artífice.

1. Tecnología neolítica. Esta alfarería no emplea artefactos complejos para elaborar las piezas, ni hornos propiamente dichos para la cocción. Se realiza en superficie o en hendiduras para favorecer la reconcentración del calor. Las cocciones son de baja temperatura y en un principio buscaría el autoabastecimiento. Un ejemplo serían las loceras canarias.

2. Derivación. Esta viene dada por el aprovechamiento de una materia prima y unas estructuras ya existentes. Esta alfarería puede estar realizada por hombres o mujeres.
3. Incorporación. Estas alfarerías tienen en común el uso de una tecnología similar. Son el principal objetivo de este estudio.

Características de la alfarería femenina. Por incorporación

- No dispone de unas instalaciones concretas, obrador, propiamente dicho, o edificio independiente, se trabaja junto al hogar, conciliándose esta actividad con el resto de las tareas domésticas. Este, probablemente, sea uno de los motivos por el cual estas alfarerías pasaron desapercibidas a los viajeros que nos visitaron.
- No existe organización jerárquica dentro del oficio, ni un aprendizaje reglado, éste pasa de madres a hijas y no hay control de calidad sobre la producción, por parte de ningún organismo, no hay asociación gremial alguna. Motivo por el cual no existen documentos normativos o acreditativos para acceder al oficio, por lo cual hay menos rastro documental.
- Estas alfarerías no vidrian las piezas, es una técnica desconocida. En el caso de Pereruela (Zamora) se empezó a vidriar hacia 1950, por motivos higiénicos y de mercado. En el caso de Alcorcón, se generaliza el vidriado en el siglo XVIII para poder vender en Madrid y por los mismos motivos que el centro anterior. Las piezas que aparecen con cubierta estannífera de Muelas del Pan (Zamora), fueron vidriadas en segunda cocción en el País Vasco.
- Todas estas alfarerías aparecen unidas a dos elementos tecnológicos: la rueda baja o de cruces y el horno abierto, dicho horno, al no disponer estas alfarerías de instalaciones propias suele ser comunal.
- Estas alfarerías no procesan gran cantidad de materia prima para almacenarla, no disponen de pilas de decantación ni zona de almacenaje para la arcilla fresca, solo procesan la arcilla necesaria para cada jornada de trabajo.

- Las labores a realizar fuera de la casa, como el acopio de barro y combustible, la carga del horno, la cocción y posterior deshornado, son realizadas normalmente por los hombres.

Las ruedas

Todas estas ruedas son semejantes, pero empezamos a encontrar pequeñas diferencias que delatan su evolución o involución; las del grupo zamorano son muy parecidas, salvo pequeñas variaciones en el diámetro; en Carbellino de Sayago y en Pereruela las alfareras trabajan mediante la técnica del urdido (no llegan a 50 cm), en Moveros y en Muelas del Pan se tornean las piezas aprovechando la fuerza centrífuga de la rueda, por lo cual estas últimas tienen un diámetro ligeramente superior. Las ruedas que encontramos en el núcleo gallego enclavado en las riberas del Miño y del Sil, ofrecen diferencias significativas, aunque aquí la técnica utilizada es en todos los casos el torneado. El diámetro de las ruedas de Portomourisco y O Seixo es semejante a las usadas en Moveros (unos 52 cm).

En Gundibós la rueda es ligeramente más ancha (60 cm) ganando en peso y en fuerza centrífuga, facilitando así el torneado, pero en este centro trabajaban el barro tanto hombres como mujeres, siendo la posición del hombre frente al torno diferente al de la mujer. El hombre se sitúa en un pequeño banco con las piernas abiertas, mientras que la mujer estaba de rodillas o sentada en una posición más forzada e inestable.

El torno o rueda baja usada en Lobios, Santomé y Ramirás era semejante a la de Portomourisco (50-52 cm). Según la información recogida por Luciano García Alén, en estos centros trabajaron hombres y mujeres, pero prevalecieron estas últimas, siendo muy pocos los primeros. La técnica es la del torneado.

Si nos fijamos en la rueda de Mota del Cuervo, en plena Mancha conquense, encontramos una rueda prácticamente idéntica a la de Carbellino, aquí se trabaja mediante el urdido.

Otras ruedas nos llaman la atención por su semejanza a las ruedas femeninas, pero son utilizadas por hombres, nunca por mujeres, se trata de ruedas vasco-francesas, donde la fuerza centrífuga se consigue por el desarrollo de la parte inferior, pero no

son impulsadas con el pie, no hay moción pedal alguna, se accionan con las manos y en algún caso valiéndose de un palo como impulsor.

Ahora empezamos a comprender a Townsend, a su llegada a Muel, cuando dijo que sus alfareros “para hacer girar sus tornos no utilizan las manos, sino que mueven con los pies una rueda situada a ras de suelo”, porque Townsend solo conocía los tornos de moción manual, nunca había visto el torno introducido por los árabes en la península ibérica, y que tras la reconquista es nuevamente desplazado, de ahí que encontremos ruedas bajas en el centro peninsular.

En España, además de las ruedas bajas femeninas (algunas mistas como la de Gundibós), tenemos dos ejemplos de rueda baja masculina, Faro, en Asturias y Zarzuela de Jadraque, en Guadalajara. Estas ruedas tienen significativas diferencias con las de cruces, pero el concepto es el mismo, la diferencia más importante es su tamaño, llegando a superar los 70 cm de diámetro, y el grosor del disco superior puede llegar a 10 cm, proporcionando, debido a su peso y diámetro, una gran inercia. Estas ruedas bajas masculinas se impulsan mediante un agujero realizado en la parte superior del disco y donde se introducen los dedos para impulsarlo.

Conclusiones sobre el origen de las alfarerías femeninas

El arqueólogo británico Leonard Woolley descubrió en Ur (Mesopotamia) una rueda de alfarero, datada a mediados del cuarto milenio a.C. Este tipo de ruedas, semejantes a las de Faro y Zarzuela de Jadraque, evolucionaron en el mundo antiguo presentando leves cambios.

Los inventos e innovaciones surgidos en el marco de las primeras civilizaciones, perduran en el tiempo. Cuando estos imperios colapsan, desaparecen y se abandonan sus ciudades (los centros administrativos), se produce una ruralización, una vuelta a la economía de autoabastecimiento; pero la tecnología no desaparece, la rueda alfarera sigue funcionando, al igual que los hornos cerámicos. El alfarero pasa a trabajar en el hogar, desaparece el alfar propiamente dicho, ya no es precisa una producción masiva, se fabrica para una pequeña comunidad y se comparte este trabajo con las demás actividades agrarias, ya no hay una jerarquía en el oficio y nadie controla la calidad de la producción pues no existe reglamentación alguna.

Dentro del hogar, es donde la mujer irá sustituyendo al alfarero y asumiendo para sí esta artesanía conciliándola con las demás labores domésticas, pero al irse convirtiendo la mujer en alfarera, tendrá que adaptar la rueda y hacerla femenina, pues ella no se sentará con las piernas abiertas frente al torno, sino de rodillas y necesitará rebajar el peso y el volumen de esta para poder impulsarla con más facilidad. Se convertirá en la rueda de cruces.

Luis Cortes Vázquez, al describir por primera vez la alfarería de Carbellino, advirtió que antes de colocar la pella para modelarla en la rueda, la alfarera espolvoreaba ceniza, para una vez terminada poderla retirar con facilidad, exactamente igual que en Mota del Cuervo, igual que en el núcleo gallego, mismo procedimiento que el usado en las alfarerías masculinas de Faro y Zarzuela de Jadraque. Todos estos centros ubican la rueda en la cocina, junto al hogar, y usan un mismo tipo de horno, el cual es utilizado por toda la comunidad.

Las formas de las alfarerías femeninas

En las últimas décadas se han hecho numerosas referencias acerca de las formas realizadas por los alfares cuyo artífice es una mujer, sugiriéndose en muchas ocasiones, que el hecho de ser mujer condicionaba la obra cerámica y en concreto su forma (Figuras 2 y 3). El hecho de que la mujer elabore las piezas no condiciona en nada el resultado final, son otros los factores que determinan el mantenimiento o cambios tipológicos, para entender porque un alfar es más proclive a variar sus tipologías o acabados. Es interesante conocer algunos de los motivos que alteran la producción, sobre todo para evitar la tentación de achacar variables al hecho de que el artífice sea una mujer.

El consumidor habitual de la obra cerámica usada para actividades domésticas y en un entorno rural, no le dice al artesano como deben ser sus piezas, se limitará a adquirir los objetos que conoció siempre. Cuando se produce un nuevo asentamiento, repoblando un entorno con unas características particulares y si la geología permite la continuación de esta actividad, las formas y los procedimientos no varían con respecto al lugar de origen, observando en la morfología de las piezas elementos que quizás resulten ahora innecesarios, pero que se mantendrán como pervivencia del pasado. Esto nos puede indicar el origen de sus pobladores.



Figura 2. *Cantarilla*, Villarrobledo (Albacete)
Colección Ignacio Martín-Salas Valladares



Figura 3. *Cántaro*, Carbellino (Zamora)
Colección Ignacio Martín-Salas Valladares

La aparición de una nueva mercancía, elaborada en alfares foráneos para su venta, puede cuestionar la producción de los talleres locales. Este fenómeno en zonas bien comunicadas puede llevar a una unificación de las formas.

La imitación de grandes recipientes, es una constante en la historia de la alfarería, creándose tipologías nuevas que nada tenían que ver con las antiguas, por ejemplo, la cantarería del entorno madrileño, que abandona sus históricas formas imitando la tinajería de Colmenar de Oreja. En Mayorga (Valladolid) se copian grandes recipientes franceses, introducidos a raíz de la invasión napoleónica (Figuras 4 y 5). La irrupción en los mercados y en general en la comunidad, de objetos extraños o nunca vistos, puede llevar al artesano a incorporar algún elemento en su obra, a modo de imitación, para el alfarero son iconos estéticos, un ejemplo que se repite en multitud de alfares es la incorporación del cuello de las botellas británicas tipo Codd, muy populares desde finales de siglo XIX y hasta 1920 (Figuras 6 y 7).

La alfarería popular también ha copiado la estética de otras producciones cerámicas más elaboradas, como la loza decorada (Figura 8). La imitación de la loza levantina, especialmente la manisera, fue constante, igual que la incorporación de tipologías desconocidas como el botijo.

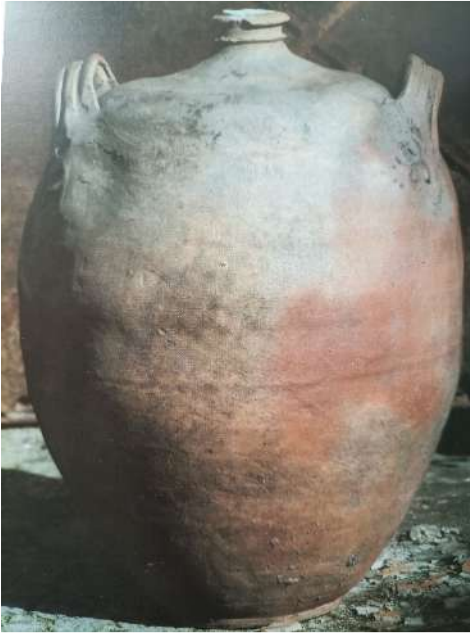


Figura 4. *Garrafa*. Bretaña, Francia



Figura 5. *Vasija*. Mayorga, Valladolid



Figura 6. *Cantarilla*. Pedrosa del Rey (Valladolid)
Colección Ignacio Martín-Salas Valladares



Figura 7. Botella inglesa tipo Codd
Colección Ignacio Martín-Salas Valladares

La falta de tensión productiva puede alterar y degradar las formas, al no haber competitividad. Esto suele suceder en zonas desabastecidas. Un ejemplo es la cantarería de Lupiana (Guadalajara), de origen toledano, evolucionaron hacia formas bastas y pesadas (Figura 9).



Figura 8. *Jarra*. Priego (Cuenca)
Colección Ignacio Martín-Salas Valladares



Figura 9. *Cántaro*. Lupiana (Guadalajara)
Colección Ignacio Martín-Salas Valladares



Figura 10. *Ollas*. Alcorcón. Colección Ignacio Martín-Salas Valladares

Tanto la alfarería femenina como la realizada por hombres, es susceptible de cambio por los motivos anteriormente expuestos, el acabado más tosco y aparentemente más primitivo que observamos en la obra de algunas alfarerías femeninas, se debe a la tecnología que arrastran estos talleres, pero no al hecho de ser mujeres o hombres. Cabe preguntarnos y valorar, si el entorno y el espacio

mueble en que se desarrolla el trabajo de las alfareras, así como la conciliación con el resto de actividades domésticas, puede condicionar la morfología de las piezas. Las alfareras de Alcorcón, realizaban una ollería en diferentes tamaños, pero a partir de determinada escala las ollas aumentaban de tamaño verticalmente, no aumentaba su anchura (Figura 10).

Estas piezas se colocaban en las alacenas o estantes boca abajo, para evitar que nada se introdujera en su interior, preservando la higiene de las vasijas. El asa, que parte del borde y lo sobrepasa en altura, se situaba hacia fuera. La alfarera no podía dotar a la olla de una segunda asa opuesta, por grande que fuera esta, pues supondría un punto de inestabilidad.

Por influencia de los barros toledanos, se generalizan en Alcorcón, ollas y pucheros cuyas asas no sobrepasan en altura el borde, pero las piezas continúan teniendo una sola asa por grandes que sean y sigue aumentando su cabida mediante un desarrollo vertical, en altura. Hay que esperar hasta finales del siglo XIX para que aparezca una olla con dos asas opuestas y con un desarrollo más globular, una vasija más eficiente, pues va a reconcentrar más el calor y de forma homogénea, para entonces la alfarería de Alcorcón ya era masculina.

Eugenio Larruga recoge en sus *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* (1787. Vol. V), el testimonio del empresario Ramón Carlos Rodríguez, afincado en Madrid, al referirse a la alfarería de Alcorcón:

«Pues habiendo ofrecido yo mismo enseñarles, con sola la condición de que si la obra salía bien, habrían de proseguir siempre haciéndola según les enseñase; pero si no salía perfecta les daría 50 doblones para resarcirse de cualquier perjuicio que pudiera sobrevenirles de la experiencia, no pude reducirlos con toda la eficacia que en ello puse a que se me admitiesen un partido tan ventajoso. Esta es una prueba de la falta de disposición que todavía hay en nuestros fabricantes para abandonar sus antiguos usos, y valerse de las luces que se van descubriendo para la perfección de las artes prácticas (...)».

Los cambios que demandaba este empresario en las producciones de Alcorcón, no eran tipológicos, se refería a los procedimientos y tecnología; mejoras en el vidriado de las piezas, modernización de los hornos, etc. Las alfareras y alfareros, pueden

satisfacer encargos, tipologías diferentes, pero lo más complicado es que abandonen su forma de trabajo, aunque sea para aumentar la productividad y la calidad final del producto.

Sociología del oficio y sostenibilidad

El oficio de alfarero nunca ha gozado de especial estima social, pues asociada con la alfarería, está la humedad, suciedad y en muchos casos la penuria económica. La desaparición de los gremios acentúa la baja consideración social de esta artesanía. Cuando se trata de alfarería femenina, realizada dentro del hogar y a la que se van sumando todas las mujeres de la casa desde corta edad, se valora aún menos este trabajo, pues, aunque la calidad final de la obra sea excelente, la labor del artífice es una tarea doméstica más.

Todos los artesanos buscan en su obra terminada un reconocimiento, la mujer alfarera, en la mayoría de los casos, no pudo nunca optar por ese reconocimiento.

La supervivencia de la alfarería femenina que ha llegado a nuestros días se debe, en gran medida, a la materia prima, a un factor geológico, ya que el tipo de trabajo que aparece asociado a estos centros (tecnología, organización del trabajo, medios...), penaliza mucho la productividad y por tanto la competitividad, motivo por el cual estas alfarerías están casi siempre especializadas en unas determinadas áreas, siendo su repertorio tipológico escaso. En el caso de Alcorcón, la ollería acapara su producción gracias a la calidad de la tierra refractaria.

Cuando la actividad alfarera surte a una comunidad o comarca inmediata, en un entorno agrario, esta goza de buena salud, sin causar daños o perjuicios del tipo que sean y la alfarera obtiene su reconocimiento. Por el contrario, cuando un centro cerámico produce masivamente para abastecer grandes núcleos urbanos y esta actividad es el principal ingreso económico del núcleo familiar se anticipan todos los problemas sociales y de sostenibilidad actuales, derivados de la revolución industrial.

Vamos a tomar como ejemplo la mayor producción de alfarería femenina de la que tenemos constancia en la península ibérica: la alfarería femenina producida en Alcorcón.

Problema ambiental

El panorama que dibujan las *Relaciones topográficas de los pueblos de España* de Felipe II sobre Alcorcón y su actividad alfarera es ya el de una manufactura insostenible, sus habitantes tienen que recorrer enormes distancias para poder obtener el combustible necesario para los hornos, el monte bajo está ya esquilado, el deterioro ecológico se hace ya evidente. Entre los siglos XVII y XVIII el problema aumenta, pues para seguir vendiendo en Madrid hay que vidriar las piezas, procedimiento impropio de la alfarería femenina; ahora hay que cocer las piezas dos veces, hay que gastar el doble de leña para obtener la misma producción. El deterioro ambiental se acentúa debido al gran número de hornos en constante funcionamiento, creando una atmósfera irrespirable.

Estima personal

Los artesanos siempre buscaron un reconocimiento en su trabajo, en el producto terminado; la cadena productiva priva al trabajador de ese reconocimiento, pues este queda desvinculado del producto final. De igual manera, la alfarera cuyo trabajo supone el principal ingreso de la economía familiar, queda oculta sin obtener ningún reconocimiento social.

Economía sumergida

Las mujeres de Alcorcón eran las artesanas de la afamada ollería y trabajaban en el interior de sus casas, mientras que eran los hombres los que comerciaban con el producto y lo vendían como propio. Esto propicia la incorporación de niñas al oficio desde corta edad y mujeres en general, se puede considerar una economía sumergida y una sobrecarga de trabajo hacia la mujer.

Crisis sanitaria

El trabajo precario y la sobrecarga productiva desencadenan una crisis sanitaria sin precedentes; los maridos de las alfareras sufren intoxicaciones al inhalar las emanaciones que desprenden los hornos en el proceso de vidriado y los usuarios de esta ollería terminan padeciendo cólicos saturninos, por la ingestión de metales pesados contenidos en el vidriado y tras su ingestión, al ser atacado este por agentes

ácidos, el terrible Cólico de Madrid. Una de las mayores pandemias que ha sufrido la capital, debida, en gran medida, por la incorporación del vidriado en la alfarería femenina de Alcorcón.

Referencias

- Alvar Ezquerro, A. (1993). *Relaciones Topográficas de Felipe II. Madrid*. CSIC. Comunidad de Madrid.
- Casado Lobato, C. (1996). *Así nos vieron: la vida tradicional según los viajeros*. Centro Cultural Tradicional y Concha Casado Lobato.
- Casanovas, M^a. A. (2018). El Bodegón más insólito de Giuseppe Recco. *Butlletí informatiu de ceràmica*, 117-118, 92-99.
- Coll Conesa, J. (Coord.) (2011). *Manual de cerámica medieval y moderna*. Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional.
- Fernández Montes, M. (1997). Aportación al estudio de la alfarería femenina en la Península Ibérica: La cerámica histórica de Alcorcón (Madrid), *Revista de dialectología y tradiciones populares*, tomo 52 (cuaderno 2), 221-248.
- García Alén, L. (1983). *La alfarería de Galicia*. Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- Ibabe Ortiz, E. (1995). *Cerámica popular vasca*. Fundacion BBK.
- Larruga y Boneta, E. (1787). *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España: con inclusión de los reales decretos, órdenes, cédulas, aranceles y ordenanzas expedidas para su gobierno y fomento*. Imprenta de Benito Cano.
- Lizcano Tejado, J. M. (2000). *Los barreros. Alfarería en la provincia de Ciudad Real*. Diputación Provincial de Ciudad Real.
- Martín-Salas Valladares, I. (2006). *El futuro del pasado. Historia de la alfarería de Alcorcón*. Universidad Popular de Alcorcón. Ayuntamiento de Alcorcón.
- Montero Vallejo, M. (2004). Alcorcón y sus aledaños en los siglos XV y XVI. En *Segundo Congreso del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio": 22, 23 y 24 de octubre, 2004*. (p. 3). Alcorcón: I.E.H.S.M. "Jiménez de Gregorio".
- Ramos Pérez, H. (1980). *Cerámica popular de Zamora desaparecida*. El autor.
- Ringrose, D. R. (1985). *Madrid y la economía española, 1560-1850: ciudad, corte y país en el antiguo régimen*. Alianza Editorial.
- Romero, A. & Cabasa, S. (2009). *Tinajería tradicional española*. Editorial Blume.
- Ruiz de Luzuriaga, I. M. (1797). *Tratado sobre el cólico de Madrid: inserto en las memorias de la Real Academia Médica de Madrid y publicado separadamente de orden de la misma en beneficio común*. Imprenta Real.

Schütz, I. et al. (1993). *La mujer en la alfarería española*. Centro Agost. Museo de Alfarería.

Seseña, N. (1997). *Cacharrería popular. La alfarería de basto en España*. Alianza Editorial.

Townsend, J. (1988). *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*. Turner.

Vossen R., Seseña, N. & Köpke, W. (1975). *Guía de los alfares de España*. Editora Nacional.